

## VI INFORME DE GOBIERNO\*

José López Portillo

El plan global, los planes sectoriales y los proyectos específicos por primera vez en nuestra historia expresos, integrados e instituidos que partían de ciertos supuestos estables de financiamiento cuando estaban ya en marcha tras cuatro años de ejecución, entraron en brutal contradicción con factores internos y externos. Las crisis no surgen porque sí. Muchos elementos han contribuido. Muchas responsabilidades se han combinado. El Gobierno a mi cargo, asume la suya.

En 1981, ni los países más desarrollados del mundo ni las más grandes empresas financieras e industriales advertían en el mundo y en México, que la economía internacional entraría a la más grave y prolongada crisis desde la gran depresión; ni que los precios de todas nuestras exportaciones seguirían cayendo en estrépito; ni que las tasas de interés se fijaran tan altas como nunca en la historia; ni que el crédito se restringiera; ni que las medidas proteccionistas se perpetuaran en los países industrializados.

\* Fragmento del VI Informe de Gobierno donde se hace la argumentación de la nacionalización de la banca y el control generalizado de cambios.

El golpe se recibió de lleno a partir de la caída del precio del petróleo. Fueron restricciones diversas que enfrentamos agolpadas y de momento. No haber cumplido nuestros programas de inversión en petróleo, industria, alimentos, empleo y mínimos de bienestar, sólo hubiera significado una vulnerabilidad y debilidad mayor.

De modo fundamental, recordemos primero que en los últimos catorce meses, bajó drásticamente el precio del petróleo y se debilitó el mercado petrolero internacional con lo que se frenó, además, el crecimiento de la más dinámica de las exportaciones mexicanas y detuvo la tendencia de rápido crecimiento de los ingresos derivados de su exportación, previstos para autofinanciar nuestros planes.

Después vino el efecto del golpe, en el incremento reciente de la deuda externa y de los servicios correspondientes que constituyen un factor externo, no presupuesto, repentino, agobiador y fuera de nuestro control.

La deuda ascendió en julio de este año a 76 mil millones de dólares, de la cual corresponde 80 por ciento al sector público y 20 por ciento al privado.

Ahora bien, para todos, pero especialmente para los países en desarrollo, y México como el más representativo, la elevación de las tasas de interés explica gran parte del deterioro económico; entre 1978 y 1981, la tasa de interés de los préstamos internacionales pasa del 6 por ciento hasta el 20 por ciento y esto explica, parcial, pero fundamentalmente, el que el pago por intereses de los países en desarrollo que en 1978 alcanzaba a 14 mil 200 millones de dólares, se eleva en 1981 a 38 mil millones de dólares. En el caso de México el pago por intereses de la deuda pública y privada, documentada, alcanzaba, en 1978 a 2 mil 606 millones de dólares, mientras que en 1981 correspondía 8 mil 200 millones de dólares. De este modo, los pagos de intereses, registraron un crecimiento particularmente exponencial y se convirtieron en el principal elemento de presión de la cuenta corriente de la balanza de pagos. La estructura del endeudamiento externo, en la que ganaron importancia los financiamientos a corto plazo, favoreció también el incremento de la carga por servicio derivado de los mayores intereses. Los plazos cortos nos obligan a inconvenientes negociaciones frecuentes y riesgosas.

Es éste un factor cuya importancia difícilmente puede exagerarse. Los niveles prevalecientes de tasas de interés, las mayores de la historia civilizada, no parecen obedecer a razones derivadas del funcionamiento de los mercados, sino a políticas deliberadas de restricción monetaria, cuyo propósito anti-inflacionario se ve desmentido por el efecto inflacionario mismo del alto costo del dinero. Todo el mundo lo padece.

Los riesgos de ir contra la corriente dominante de la economía mundial, francamente depresiva en las políticas de libera-

ción de importaciones que, aplicadas en otras épocas y en otras circunstancias pudieron resultar adecuadas, se revirtieron en nuestro perjuicio. Importamos con exceso, todo, y así el espectro de la restricción de la balanza de pagos volvió a renacer.

Por el lado de las exportaciones, México enfrentó al igual que otros países en desarrollo, el deterioro muy marcado de las cotizaciones de buen número de sus productos básicos y clásicos de exportación. Tal fue el caso, entre 1980 y 1981 principalmente del café en grano (cuyo valor unitario de exportación se redujo en -16 por ciento), el algodón en rama (-12 por ciento), el cobre en minerales o blister (-51 por ciento), el plomo refinado (-25 por ciento) y, desde luego, la plata (-75 por ciento). Por este factor, el dinamismo de los ingresos por exportación de productos primarios, que representan aún una proporción significativa en el total de la exportación no petrolera (50.5 por ciento en 1981), se vió frenado muy considerablemente.

Por otro lado, parte de la notable disminución de nuestras exportaciones de manufacturas independientemente de la falta de competitividad, debe atribuirse a la agudización de las tendencias proteccionistas en los mercados de los países avanzados, que no nos compran como antes. Ello, además de la creciente demanda interna que no permitía grandes excedentes exportables.

Por otro lado, el menor ritmo de la actividad económica mundial y el aumento de la desocupación han afectado, en los países avanzados, los niveles de dinero disponible. Una de las principales manifestaciones de esta situación ha sido la marcada reducción en el crecimiento del Turismo a escala mundial. A menor ingreso disponible, menor demanda de viajes del exterior. El turismo hacia México ha resentido severamente esta situación, contrayéndose tanto en el número de visitantes, como en el gasto promedio y la estancia media del

turista, con un consecuente menor ingreso total por este concepto. Al mismo tiempo, la concentración del ingreso prevaleciente en México había provocado un muy rápido crecimiento del gasto turístico mexicano en el exterior. Llegó a ser 220 por ciento mayor que en 1976. Nos defendimos imaginativamente. Promovimos el turismo interno intensamente y ampliamos y modernizamos nuestras instalaciones. Sin embargo, a pesar de que la balanza sigue siendo positiva, disminuyó en 900 millones de dólares.

A estos factores negativos nos hemos referido con frecuencia, porque son los que explican lo más importante, y pareciera como si en las explicaciones privara también el consumismo y tuviéramos que inventar nuevas para satisfacer la irritación que causa lo que no es propicio; pero no hay otras explicaciones. Esas son las fundamentales. Dentro de ellas admitimos nuestra responsabilidad; pero no nos responsabilizamos por ellas. Como lo he dicho, soy responsable del timón; pero no de la tormenta.

Todos estos factores: altas tasas de interés afuera que arrastran a las de adentro; baja en el precio de las materias primas; exceso de importaciones; disminución de exportaciones; baja en el turismo externo; aumento del turismo nacional al extranjero; colocaron a nuestra economía en nuestra situación súbita de particular vulnerabilidad.

Pero si eso sólo hubiera sido el problema, la potencialidad del país lo hubiera podido resolver con esfuerzo, pero sin deterioro.

Con lo que no pudimos, fue con la pérdida de confianza de nuestro peso, alentada por quienes adentro y afuera pudieron manejar las expectativas y causar lo que anunciaban, con el sólo anuncio. Así de delgada es la solidaridad. Así de subjetiva es la causa fundamental de la crisis.

Contra esto ya no pudo el vigor de nuestra economía.

Hagamos, para ilustrar la magnitud del problema, unas consideraciones indicativas.

Además de los dólares que salieron normalmente para pagar nuestras importaciones, deudas y sus intereses, que son para lo que deben servirnos por hábito, inseguridad o ambición, muchos mexicanos, en uso de la libertad cambiaria, ahorran o anticipan pagos en dólares, que sacan a los bancos extranjeros. Otros colocan aquí pesos nominados en dólares, en cuentas especiales.

De afuera, y aún de adentro porque convenía a la oportunidad hacer negocios con nuestro auge, motivando nuestra inseguridad, y desconfianza, se empezó a especular con nuestro peso, a partir de análisis parciales exagerados, amañados y aun perversos de nuestros problemas económicos similares a los de todo el mundo; pero subrayados para lograr el efecto especulativo o incluso desestabilizador. De afuera venía la noticia, luego era cierta, se resignaba Doña Malinche. Adentro lo confirmaba la insidia del rumor. De igual modo sugestivas campañas publicitarias anunciaban atractivas inversiones en inmuebles urbanos y rústicos en el "otro lado", que daban seguridad a la inversión y satisfacían a la ambición.

La base del negocio era crear la desconfianza y exportar el afán de seguridad. Logrados los motivos, presionaron explícitamente a nuestro peso. La ambición desmedida de los especuladores de siempre y de los novatos, hicieron el resto. El acoso al peso empezaba en las mismas ventanillas de los bancos, en las que se aconsejaba y apoyaba la dolarización. A todo el mundo le consta. Tal vez lo consideraban deber con su clientela. Lo destaco, no lo califico.

No lo sabemos con certeza, pero tenemos datos de que las cuentas bancarias recientes de mexicanos en el exterior

ascienden por lo menos, a 14 mil millones de dólares. Hay quienes afirman que es mucho más.

Adicionalmente, los inmuebles urbanos y rurales en Estados Unidos de América, propiedad de mexicanos, se estima que tienen un valor del orden de 25 mil millones de dólares. Esto generó ya una salida de divisas por concepto de enganches y primeros abonos, del orden de 8 mil 500 millones. Esto ya es grave. Lo más grave aún es que se han generado obligaciones de pago para liquidar por completo esas adquisiciones, incluyendo intereses, más gastos de administración y mantenimiento, por un monto varias veces superior al valor inicial de los inmuebles.

Las cuentas en los bancos mexicanos denominadas en dólares, pero nutridas original y mayoritariamente en pesos, son del orden de 12 mil millones. Los llamados mexdólares significan el aspecto más grave de la dolarización de la economía nacional.

Conservadoramente podemos afirmar, en consecuencia, que de la economía mexicana han salido ya, en los dos o tres últimos años por lo menos 22 mil millones de dólares; y se ha generado una deuda privada no registrada para liquidar hipotecas por alrededor de 17 mil millones de dólares más, que se adicionan a la deuda externa del país. Estas cantidades sumadas a los 12 mil millones de mexdólares, es decir, 50 mil millones de dólares, equivalen a la mitad de los pasivos totales con que cuenta en estos momentos el Sistema Bancario Mexicano en su conjunto y alrededor de dos tercios de la deuda pública y privada documentada del país.

No negamos que los mexicanos tienen derecho a su dinero y a su seguridad y los bancos la obligación de servir a su clientela, pero lo que individualmente parece inocuo uso de su libertad y protección de clientes,

sumado en proporciones tan grandes, perjudica el interés general y ello afectará a todos aún a los que se creen beneficiados por su privilegio y que salvo que se vayan y no podrán hacerlo muchos, tendrán que vivir en un país con mayores problemas y con el que no se han solidarizado. Si lo hicieron, con una misma parte de ese capital resolveríamos la crisis transitoria de liquidez de la que vamos a salir gracias a enormes sacrificios económicos y políticos.

En síntesis, la necesidad cada vez más de divisas para que el sector público pague importaciones y deudas y para que particulares, bancos y compañías sacaran sus capitales o dolarizaran la economía, condujo, consecuentemente, a requerir un mayor crédito externo para abatir dichas presiones.

A finales de 1981 y principios de 1982, todo ello se traduce en un impacto inflacionario en los costos, y al mismo tiempo, en una aceleración del gasto y del crédito externo que, al reproducirse en un ciclo vicioso rápidamente creciente, nos fue haciendo perder el paso en el proceso de deslizamiento del peso y de las protecciones con que lo habíamos rodeado para mantenerlo en estabilidad precaria pero funcional: control de importaciones con licencias y aranceles, estímulo a las exportaciones, desliz más acelerado, tasas de interés muy altas.

El atractivo de la cuenta en dólares se hizo cada vez más grande para todas las personas con recursos con lo que el ahorro se dolariza. Lo que conlleva a que se endeuden en esa divisa las empresas; paradójicamente sus reservas se constituyen también en mexdólares. Se da con harta frecuencia el contradictorio caso de socios de empresas que deben en dólares y que en lo personal tienen cuentas aquí o allá en dólares y-o también inmuebles en el extranjero, con montos muy superiores a toda la deuda del sector privado; empresarios ricos, empresas pobres.

Con todos esos factores el proceso inflacionario que venía disminuyendo tras el impacto de costos de la devaluación de 1976 se ve estimulado de manera decisiva por el impacto en costos de tasas crecientes de interés y posteriormente, y con efecto, que luego se convierte en causa principal, por las tasas crecientes de deslizamiento de la paridad cambiaria. El ciclo vicioso, se convierte así en perverso.

Todos estos efectos se nos agolparon desde mediados de 1981. Perdimos el paso.

En febrero de este año, pese a todos nuestros esfuerzos industriales y de persuasión, el ataque contra nuestro peso fue brutal. Nuestras reservas de dólares para pagar lo importante, estaban en riesgo de disminuir a extremos peligrosos.

Acordamos el 17 de ese febrero, retirar al Banco de México del mercado de cambios. La moneda se devaluó estrepitosamente interrumpiendo dramáticamente un proceso de crecimiento nacional sin paralelo en nuestra historia.

A partir de febrero nos adentramos en un proceso definitorio.

Frente a la devaluación y un contexto internacional cada vez más incierto y sombrío, tomamos medidas defensivas: asentamos la disminución del gasto público; reimplantamos los controles a las importaciones; acordamos medidas de precios y tarifas del sector público, tan necesarias para sanear sus finanzas y continuamos elevando las tasas de interés, para defender el ahorro en pesos.

Ante la expectativa de la inflación, en una dramática negociación definida por el estado, se acordó un aumento salarial con efectos no sólo reparatorios, sino precautorios, que fue aceptado por la sociedad sin conflictos, aunque con reservas sus efectos inflacionarios. Es cierto, la justicia tiene

sus costos que sólo en la comprensión y la solidaridad se enjagan.

Como era natural, la devaluación y su secuencia acentuaron una restricción de la actividad económica que ya se había iniciado desde finales de 1981. Los impactos sucesivos de la pérdida cambiaria y el aumento preventivo de salarios redujeron la liquidez de las empresas. La restricción presupuestal, y el corte brusco de las importaciones y la parálisis crediticia redujeron la demanda en forma sustancial. Adicionalmente, el crédito externo se redujo acentuando más aún el proceso. Puede afirmarse que la economía mexicana se agolpa ahora en la crisis como antes lo hizo en el auge.

Pero se trata de una crisis distinta de la vivida en 1976. Aquella, fue el gran final del agotamiento de una estrategia. La actual, la de 1982, se presenta a poco del inicio de una nueva estrategia de crecimiento que a pesar de la premura y de los excesos ha tenido un éxito innegable. La economía mexicana es hoy no sólo más intrínsecamente más fuerte que la de hace seis años.

Ciertamente, la inflación interna acentuó sin duda las tendencias al desequilibrio financiero. El origen y las causas de este fenómeno han sido objeto de diversas interpretaciones, muchas de ellas preñadas de prejuicios. Pero no tiene sentido entablar una polémica, por demás estéril, en torno a este problema tan complejo, aún cuando muchos achaquen todas las culpas al estado. Si así fuese de sencillo, todos los países conocerían la solución y el mundo no estaría hoy debatiéndose entre el estancamiento y la inflación, o peor aún, como ocurre cada vez con mayor severidad sumido en el establecimiento inflacionario.

Al primer conjunto de medidas de ajuste, se sumó en abril un segundo, todavía más drástico. Por disciplina propia, nos impusimos un conjunto de metas cuantitativas

que se incribían en la más estricta ortodoxia financiera. Recortamos aún más el gasto del sector público y fortalecimos sus ingresos a fin de reducir el déficit total, entre 1981 y 1982, en tres puntos porcentuales del producto interno bruto. Esta meta, que sin duda representa un esfuerzo de grandes dimensiones, se está logrando según se había planeado. Asimismo, se adoptaron disposiciones para evitar que el déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos sobrepasara los 9 mil millones de dólares, casi 3 mil millones menos que en 1981. Esta meta no sólo se va alcanzando, sino que la previsión más reciente indica que se cumplirá con creces. Para estos 9 mil millones de dólares habíamos planeado contratar una deuda externa neta por 11 mil millones, con objeto de contar con un margen de maniobra adicional o colchón, de 2 mil millones. Hasta el mes de julio habíamos contratado más de 6 mil millones, según estaba previsto. También se instrumentó una política crediticia restrictiva, cuyo fin es inducir reducciones en el gasto del sector privado.

De este esquema se desprende con claridad que el país contaba con grados de libertad para el manejo de su política económica. Estaban ahí los recursos suficientes para manejar las necesidades normales de divisas del país. Incluso la exportación de petróleo crudo y sus precios habían rebasado las previsiones originales. El paquete de medidas de austeridad estaban funcionando en todos y cada uno de sus renglones. Nosotros mismos lo establecimos para recuperar a la economía del embate especulativo que forzó la devaluación de principios de año. Y el gobierno lo estaba cumpliendo cabalmente. Su costo era el de reducir temporalmente la tasa de crecimiento de la economía y el ritmo de creación de empleos.

Pero eso es una cosa y otra la especulación financiera irrestricta. Ni México, ni ningún otro país, tiene recursos para nutrir y resistir indefinidamente a la es-

peculación. Contra la fuga de capitales no hay fondos suficientes que alcancen ni aquí ni en ninguna parte. Ningún gobierno, y menos el de un país con las carencias de México, puede darse el lujo de incluir en sus planes de acción a las fuerzas especulativas. El gobierno de la república no podía seguir endeudándose en el extranjero para que cobrara fuerza el libertinaje cambiario. El Estado no podía seguir consintiendo en que el uso irrestricto de la libertad cambiaria se convirtiera en el objetivo fundamental de sus relaciones económicas con el exterior, sacrificando empleo de trabajadores y actividad de empresas útiles al país.

La especulación nos había forzado a devaluar una vez, pero continuaba insaciada. No pudimos mantener el ritmo de deslizamiento previsto para evitar golpes bruscos a nuestra moneda.

Apostar contra el peso se convirtió en el mejor de los negocios.

Las expectativas inflacionarias y devaluatorias motivadas por la propia devaluación, llevaron a nuestra moneda a niveles de excesiva subvaluación que a la vez indujeron a los profesionales que convierten la desconfianza en catástrofe en la que medran, a predecir otras devaluaciones y a seguir apostando contra nuestro peso y nuestro país. Ello, además, no sólo como un negocio lícito sino hasta prestigioso. Cuántos no se ufanan de haber ganado millones sin haber hecho nada, salvo medrar. Así, no contenta con su primera victoria, la especulación clamaba por más ¿quién garantizaría que cediendo de nuevo iban a calmarse? ¿qué gobierno responsable podría seguir jugando una apuesta en que el país entero pone todo y el adversario nada? Teníamos que poner freno al abuso, a pesar de todos los riesgos políticos que ello implicaba: campañas de rumores, terrorismo informativo y calumnias que de afuera y de adentro vendrían, vinieron y vendrán de parte de mucho dinero y mu-

chos intereses reaccionarios que han estado contra México.

El 5 de agosto pasado, el gobierno de la República adoptó la primera de una serie de decisiones históricas para la vida nacional. Aprovechando que el sector público es el generador de tres cuartas partes de los ingresos de divisas del país, implantó un mercado cambiario dual. Los recursos derivados del petróleo y del financiamiento público externo se utilizarían para pagar el servicio de la deuda y para cubrir importaciones prioritarias; los recursos restantes se dejarían al libre juego de oferta y la demanda. En el mercado libre, la divisa tendría el precio que la histeria especulativa y los gastos superfluos dictara. En las transacciones prioritarias, prevalecería el mismo tipo de cambio que venía rigiendo con anterioridad, con los ajustes de las consideraciones reales de la economía fueran señalando como convenientes.

Se anuncia por los acreedores extranjeros que los vencimientos de crédito de corto plazo, de los meses de agosto y septiembre no serían renovados. Con ello se nos planteó un problema, no sólo de liquidez sino de caja.

Por ello y como ha sido exhaustivamente explicado, tomamos la decisión de ahondar en la medida del 5 de agosto para defender nuestras reservas y la capacidad de pago del país.

Acordamos en lo interno, impedir que los mexdólares depositados en México, fueran transferidos al extranjero; aplicamos la ley monetaria para que se pagaran en pesos a la cotización que fijara el Banco de México. Para evitar impactos psicológicos inconvenientes cerramos las ventas de dólares por cuatro días.

Afuera, planteamos el problema de caja que tenía México y conseguimos dólares ampliando ventas de petróleo y contrata-

das con Estados Unidos; nos apoyaron los Bancos Centrales de los países industrializados con préstamos de emergencia suficientemente garantizados; negociamos con éxito tratos de reestructuración de la deuda externa con la comunidad financiera a la que pertenecemos. Iniciamos conversaciones con el Fondo Monetario Internacional, para estudiar las condiciones en que podemos disponer de alrededor de 4 mil millones de dólares que como derechos de giro tenemos en él. Así hemos resuelto la crisis de liquidez de corto plazo.

En equivalencia, otorgamos facilidades crediticias y fiscales a las empresas especialmente medianas y pequeñas que tienen, como el estado, problemas de liquidez.

Con toda responsabilidad y cara a la nación hemos informado e informaremos paso a paso, lo que estamos haciendo.

Adelante haré proposiciones que le darán contenido adicional a los últimos noventa días de mi mandato.

HONORABLE CONGRESO DE LA UNION:

Todo llega y pasa; termina y empieza.

Pronto terminará el mandato que me otorgó el pueblo de México para ejercer su Poder Ejecutivo.

Protesté hacerlo con lealtad y patriotismo.

Protesto ahora, que he puesto y pondré en lo que resta de mi mandato, toda mi voluntad y aún pasión, en ser leal y patriota.

Protesté cumplir y hacer cumplir la Constitución. Protesto ahora estarlo haciendo, cuidando de las libertades de los mexicanos, y sus derechos sociales; cuidando la unión, preservando la institución como estructura ordenada de cambio

fuerza legítima para dirimir toda controversia y desterrar la violencia y sus peligros.

Ahora, después de haberla servido desde la más alta función pública, amo más entrañablemente a mi Patria.

Convencido estoy de su grandeza, confirmo, después de haberlo vivido como responsabilidad estos años de su historia, que el planteo de sus orígenes, generosidad india y señorío español, enraizados en nuestra tierra de contrastes y prodigios, proyecta en el mundo, como conciencia y dignidad esenciales, la integración de los contrastes. Se que esta integración trascenderá como ejemplar, al destino final de una humanidad que sólo será universal, en función de nacionalidades que hayan aprendido íntima, convencidamente, el valor de la solidaridad de todos en cada uno y no de la unidad de imperios que la impongan como alarde de soberbia y violencia.

México es mucho más que coyuntura crítica. Midámonos en su proyección, no en las angosturas de la paridad del peso; sino en el compromiso de su grandeza. Hace seis años lo dije. Salimos del trance; ahora lo repito, saldremos de éste.

Todos los que en México hemos sido, somos y seremos, nos constituimos en nuestro pacto y de unión nacional, ámbito de nuestro espacio entendido como territorio; medida de nuestra historia entendida como norma: estructura concebida en el devenir como cambio.

La Constitución es nuestra unión, vínculo, fuerza, seguridad. Que para siempre sea el patrón de nuestros cambios y que nunca más la violencia entre nosotros, cambie patrón. Ya hicimos nuestra revolución. Profundicémosla en la democracia; abierta está a generar su propio progreso. Que sea origen y fin, realidad y proyecto; ser y deber ser; libertad en el hacer justicia en el tener. Así, generosa, vale y se proyecta, a pesar y por encima de titubeos,

fracasos, claudicaciones y disimulos. Poderosa en el logro; satisfecha en sinceridad y triunfo. Vale aunque no sea siempre realidad. Por eso obliga como norma.

He procurado servir al bien y a la prosperidad de la unión; al desarrollo democrático, popular e independiente, no como esfuerzo de uno solo, que así poco vale, sino como solución participativa de todos. Y cuando todos lo quisimos todo lo hicimos.

Es la desunión que rompe y frustra, experiencia brutal de nuestra historia. Por ello unión es precondition de todo lo que por su importancia trasciende.

Sé que la función del Estado mexicano es supuesto social y consecuencia económica.

Por ello afirmo que una de sus misiones fundamentales es fortalecer nuestra nacionalidad, gestada y no completa en su total capacidad vinculatoria.

Debemos convencernos de que en la base y por encima de individuos y sus intereses; de clases y sus contradicciones; de gremios y sus ambiciones, hay un México en cuya tierra hemos nacido; cuya sangre mestiza nos corre por las venas y nuestra voluntad de pertenecerle fortalece.

Cada crisis y muchas hemos tenido, pone a prueba la firmeza de nuestro nacionalismo surgente. De cada fracaso o derrota hemos sacado experiencia y fuerza y todo triunfo nos da orgullo y enriquece.

Con valor y coraje a veces; otras con vacilación, cobardía o hasta traición; con avances y retrocesos, desde el fondo de nuestra historia; con los desgarres y tentaciones de nuestra geografía y su vecindad; con nuestras fuerzas paradigmáticas y contradictorias, estamos aprendiendo a ser mexicanos: desde las

dudas intelectuales del trágico Moctezuma y su fatalismo, compartido por la generosa apertura a lo otro que se entraña en la Malinche; con la osada concepción viril de la vida como gozosa aventura, de Cortés con la sacrificada dignidad juvenil del rescate de lo propio que nos entrega Cuauhtémoc, todo ello, en cada circunstancia, nos va haciendo mexicanos.

Y porque lo somos y constituimos una Nación, con plena conciencia, en mi Gobierno, he querido darle plena función al nacionalismo.

Porque nuestra sociedad civil está significada en el ámbito de una Nación que se organiza políticamente como Estado, constituido por la revolución de un pueblo.

Porque nuestro Estado se organiza jurídicamente como de derecho, en el supuesto de una solidaridad basada en la nacionalidad, no en la individualidad; no en la clase social; no en el gremio o en la corporación. En la Nación, que viene de nacer, en una tierra de una sangre, con una voluntad de ser y pertenecer y que supone natural solidaridad.

Es nuestro nacer mexicano el que nos da derechos como individuos y como sociedad.

Por eso gozamos libertades y exigimos justicia distributiva, conmutativa y social.

Por eso podemos votar y ser electos.

Por eso podemos invocar protección y amparo.

Por eso el Estado nacional es rector de la economía.

Por eso hay economía nacionalizada.

Por eso hay régimen jurídico de mexicanización, que propicia y apoya la iniciativa

de los mexicanos, excluyendo, condicionando o regulando a los extranjeros.

En el supuesto de la identidad nacional he querido impulsar e integrar sus consecuencias: hace casi seis años dije:

La unión constitucional no es un capricho sino una consecuencia de la historia, norma que nos da sustancia y proyección; nos preserva y al mismo tiempo nos hace evolucionar en derechos, obligaciones y valores. No estamos unidos para que unos pisen y se encaramen sobre otros; ni para facilitar explotación y abuso: ni para que pocos se salven y muchos se hundan. Acordamos la unión para superar con su fuerza los riesgos de la vida, conservarnos, perpetuarnos, perfeccionarnos.

Graves riesgos vivimos ahora. Conviene identificar sus causas.

Se le imputan al Estado en frases que se estereotipan y repiten en forma acrítica:

Inversión pública ineficiente.

Gasto público excesivo, despilfarrador e inflacionario.

Deuda externa excesiva y enajenante.

Economía petrolizada.

Política económica equivocada.

Medidas correctivas desarticuladas y balbuceantes.

Y otras más que son ofensas y desahogos de los que no me ocuparé.

Quiero redundar, para entrar en materia, que en mi convicción nacionalista, he querido convencer y no vencer; conciliar la libertad con la necesidad, partir de lo cierto para alcanzar lo justo. Gobernar para todos. Si he armonizado nuestros no

ha sido para lavar las manos en la inocuidad neutra: sino para integrar el bien general. Busco alianzas expresas y nunca vergonzar con todas las fuerzas productivas de la Nación, las sociales y las privadas en el campo y la ciudad. Cumplimos pactos y alcanzamos objetivos. Busco la concordia y aunque a veces critico a quienes critican, lo he hecho sin prepotencia y sin querer ofender; me interesa más hallar responsables que culpables y en la medida que estos años lo han permitidos logré sumar y no restar. La hazaña nacional cumplida en los años pasados sólo así se explica.

Ahora frente a la crisis, afirmo categóricamente:

Por primera vez en nuestra historia, con base en una reforma administrativa, proyectamos, programamos y presupuestamos el gasto público. Fijamos en forma expresa objetivos en planes sectoriales y convocamos a todas las fuerzas nacionales para que democráticamente concurrieran. Y lo hicieron. De los resultados hemos dado cuenta.

Es el gasto público instrumento fundamental del Estado para orientar la economía, no sólo ahora sino desde hace varias décadas: porque construye la infraestructura y la opera cuando le corresponde; porque es estímulo, fomento, condición para inducir metas en nuestra planeación democrática.

Porque es el instrumento más útil para lograr la redistribución del ingreso en el desarrollo social, con el cual no se justifica, ni crecimiento económico y ni siquiera estructura estatal. Es vehículo de justicia social, fórmula única para repartir, según necesidades reales, con independencia de capacidades ciertas.

La orientación del gasto público corresponde, quiero subrayarlo, a políticas no de un Gobierno, sino del Estado rector mexi-

cano; y transacciones a las sucesivas administraciones y a través de todas y cada una de ellas se ha fortalecido. En estas políticas de gasto se origina en gran medida el desarrollo del México moderno. De ellas se deriva en gran parte el sustento popular y democrático del que ha gozado el Estado mexicano en más de sesenta años. Este Gobierno se ha mantenido estrictamente dentro del marco de esas políticas.

El gasto público debe ser tan amplio, como la capacidad de su financiamiento, su costo de oportunidad y el cálculo de lo que cuesta hacer las cosas y de lo que cuesta no hacerlas.

Nosotros lo calculamos ateniéndonos a las posibilidades financieras que encontramos y que generamos. Su manejo se dificultó cuando variaron los supuestos del financiamiento dados los factores externos a los que hemos aludido, con la cauda de implicaciones internas ya referidas.

No ha habido despilfarro. Cada programa, incluidos los criticados edificios de Pemex y el Banco de México, minucia simbólica, que en la magnitud del problema prácticamente no cuentan, tienen su propia explicación, aunque, reconozco, son ahora inoportuna inversión.

Y es que, tal vez, ante la necesidad de ajustar el gasto público, se hayan perdido prioridades que se establecieron en el Plan Original. Han sido o serán corregidas hasta donde se pueda.

Tenemos que ponderar lo que se califica de ineficiencia del gasto cuando se trata de subsidios. Cada uno de ellos tiene justificaciones; se corrigen cuando el mal mayor lo exige. En todo caso hay una justificación social o económica que lo explica. Pero, también en todo caso, el gasto aquí se queda y no se va del país, que es la mayor de las ineficacias concebibles.

El Estado Mexicano ha usado, usa y usará el gasto público en el proyecto nacional pese a objeciones decimonónicas o libertarias.

Como lo hemos demostrado, no es la causa del actual problema. Excesivo o no, aquí se queda. El que se va es el que hiera.

La deuda pública se presupuestó para restaurar, consolidar y hacer crecer aceleradamente la economía.

Teníamos fuentes de financiamiento del desarrollo bien presupuestadas, con base en el potencial de nuestra economía y el precio del petróleo, que sirvió de eje de nuestra capacidad financiera, y además en función del costo externo del dinero que como crédito debíamos conseguir para importar lo que nuestros planes requerían. Bajaron los primeros, subieron los segundos y sufrimos el efecto de las dos hojas de la tijera que cortaron nuestro impulso.

Si el mundo nos prestó, es porque sabe de nuestra capacidad de pago. Si el mundo ahora nos apoya es porque sabe que circunstancias ajenas nos pusieron en condiciones de poca liquidez, pero que somos absolutamente solventes.

El monto total de la deuda pública y privada ciertamente significativa y elevada, nos fue prestado porque se ha estado destinando a inversiones que generarán recursos más que suficientes para pagar esa deuda. El proceso de desfinanciamiento por el que hemos atravesado la llevó a niveles imprevisibles y superiores a los programados, que efectivamente acusan tanta gravedad, que recientemente sufrimos no sólo problemas de liquidez sino de caja. Están transitoriamente resultos.

Reitero, las inversiones públicas hechas con los ingresos en divisas y la deuda, están en el país: forman parte de su activo, no se esfumaron ni salieron de aquí, pro-

ducen o producirán aquí y significan la solución de la crisis y la plataforma de su pleno desarrollo.

Nuestra economía no está petrolizada, ni por el porcentaje de la ocupación que genera el sector petrolero, ni por su participación en la inversión total, ni por la parte de los ingresos públicos que produce, ni en fin, por el peso que tiene su producción en el producto interno bruto.

En drástico contraste con otros países exportadores de petróleo está la capacidad tecnológica autónoma de México en esta actividad. Los países petrolizados utilizan internamente una pequeñísima parte de su riqueza energética. Nuestro consumo de energía es mayor que prácticamente cualquier país en desarrollo y muchos desarrollados. El consumo de energía es, en los más rigurosos términos de evaluación económica, un índice de desarrollo.

Si en cambio, hay que enfatizar que para nuestros ingresos en divisas dependemos muy grandemente del petróleo, como lo acabamos de experimentar dramáticamente que de otra fuente no vienen por la recesión generalizada. Pero en el mundo de hoy y el previsible, si no las estuviéramos obteniendo del petróleo, simplemente no tendríamos divisas.

Este es un fenómeno generalizado en el mundo en desarrollo; excepto para quienes han hecho de países enteros sucursales de empresas transnacionales.

Nuestra economía no sólo no está petrolizada, sino que, en buena medida, gracias al petróleo está más diversificada, más integrada y más poderosa. Hoy nuestra agricultura está revitalizada, nuestra industria ha duplicado su capacidad y la población dispone de mejores niveles de alimentación, salud y educación.

Una cosa es la petrolización y otra aprovechar una plataforma petrolera de

producción para impulsar el desarrollo general de la economía, como lo hemos logrado.

El petróleo, símbolo de nuestro nacionalismo, rescatado por la Nación desde Cárdenas y desarrollado por los regímenes sucesivos —y en éste como prioridad—, nos ha unido como Nación, ha impulsado nuestra economía y ahora en la crisis es fuente de confianza internacional para salir del trance.

Es infantil que reneguemos del petróleo y se lo atribuyamos al demonio. Es conseja de analistas externos, frívolos e irresponsables, empeñados en demostrar la ineficiencia de los países en desarrollo para administrar sus recursos, en afán de trasnochado tutelaje. Lo que a partir de petróleo hemos hecho en tan pocos años, es asombroso. Que no nos aturdan más, mucho más haremos.

A ninguna ingenuidad engañamos al anunciar nuestras realidades petroleras en la crisis energética de los setenta. No por la causalidad, sino por nuestro prioritario esfuerzo descubrimos reservas y desarrollamos producción.

En el desánimo, en el pesimista fatalismo congénito de muchos de nosotros; en la crisis de confianza, convenía a todos recuperarla, admitir la esperanza, inyectar el optimismo, no con ilusiones, sino con realidades. Creimos en nosotros mismos, El mundo en nosotros creyó, dimos el salto, había riesgos. Algunos se materializaron. Que no nos vengan ahora con simplismos a llamarse a engaño, cuando entonces llamamos a confianza y convocamos al trabajo sobre realidades expresas que nos permitieron alcanzar objetivos reales. Hubo crecimiento, se multiplicó el empleo y el ingreso; parte de él se fue al extranjero en forma de especulación. Que ahora no se hagan niños chiquitos engañados. Bien saben a dónde se fue la abundancia.

Nuestra política económica no ha sido equivocada; está expresa en planes globales y sectoriales que permitieron, en el primer año, restaurar la economía que en 1976 recibimos y crecer en los siguientes como nunca en nuestra historia. La presencia de los factores externos multicitados, nos ha forzado a un ajuste sucesivo que se adapta a circunstancias eventuales que, agolpadas ya como crisis, se identifican ahora como el gran mal que exige el gran remedio.

Si las crisis fueran claramente previsibles, nunca se presentarían. Hay factores desconocidos que operan sobre una acción en curso, cuya inercia no es siempre fácil de cambiar. Las medidas de ajuste que tomamos, siempre en función del interés nacional, corresponden a las circunstancias que se presentan y que por la naturaleza de expectativas subjetivas, no siempre anticipamos para no precipitar lo que tememos; cuando ello ocurre, actuamos conforme a un plan de decisiones alternativas.

Ante esta soberanía, soy categórico:

No hemos pecado, ni como gobierno ni como país, y no tenemos por qué hacer actos de contrición. No confundamos realismo con el hipócrita puritanismo de ortodoxias simplistas. Nuestra estructura productiva, fortalecida y ensanchada, continúa intacata. No la dejemos hundir en el pantano de la inmovilidad. México tiene aún muchos empleos por crear; mucha justicia que cumplir; mucha riqueza que producir; mucha libertad que ejercer. No nos abandonemos ni a la inercia ni al temor. Contamos ya en el exterior. Se nos oye y observa. Es un caso ilustrativo del desequilibrio e injusticia del orden internacional, nuestro agobio no es indiferente al mundo y lo compromete económica y políticamente. No estamos solos; como nosotros, están muchos, los más. Tendrán que suceder cosas y estamos en la batalla.

Lo importante viene ahora.

Hemos identificado los grandes males:

Primero los externos: un desorden económico internacional que castiga a los países en desarrollo, con factores monetarios, financieros, comerciales, tecnológicos, alimentarios y energéticos expresados muy claramente en la reunión de Cancún, y que tienen, forzosamente, que ser resueltos en negociaciones globales, como esta propuesta a las Naciones Unidas. Es urgente. De otro modo los problemas se agravarían a extremos impredecibles.

Después los internos.

Aquí adentro fallaron tres cosas fundamentalmente:

La conciliación de la libertad de cambios con la solidaridad nacional;

La concepción de la economía mexicana, como derecho de los mexicanos sin obligaciones correlativas;

El manejo de una banca concesionada, expresamente mexicana, sin solidaridad nacional y altamente especulativa.

Ello significó que en unos cuantos años, sustanciales recursos de nuestra economía generados por el ahorro, por el petróleo y la deuda pública, salieron del país por conducto de los propios mexicanos y sus bancos, para enriquecer más a las economías externas, en lugar de canalizarse a capitalizar al país conforme a las prioridades nacionales. Nuestra debilidad, por el camino de la desconfianza y ambición, nos hizo más débiles, y más fuertes a los fuertes.

Puedo afirmar que en unos cuantos, recientes años, ha sido un grupo de mexicanos, sean los que fueren —en uso, cierto es—, de derechos y libertades pero encabezados, aconsejados y apoyados por los

bancos privados, el que ha sacado más dinero del país, que los imperios que nos han explotado desde el principio de nuestra historia.

Todo esto se nos ha hecho evidente en la crisis, hemos identificado colectivamente el problema y vamos a corregirlos con grandes remedios.

Pero quisiera hacer un llamado a serenidad y objetividad. No se trata de cazar brujas; sino de remediar situaciones que se han derivado de nuestra organización jurídica que, por no precipitar males mayores, no corregía lo que individualmente parecía inocuo y consagrado como libertad de cambios. Ahora el mal mayor ya nos ocurrió: se nos fue el ahorro de estos años. Lo estamos viviendo.

Ese es el significado y la importancia de la crisis, que entre otras cosas, son fenómenos de conciencia colectiva frente al peligro. Que la conciencia que de esta crisis derivamos nos sirva para evitar que vuelva a suceder.

Quiero ser muy insistente en ello: quienes usaron de una libertad para sacar dinero del país, simplemente no demostraron solidaridad. Nada más. Lo que hay que corregir es el sistema, y que a partir de ello la actitud de todos sea distinta.

Se trata de corregir el gran mal y no del esfuerzo estéril de identificar villanos.

Constituyen, eso sí, una minoría cuyas acciones sumadas, dañaron la seguridad nacional y por ende la de todos.

Por eso, ahora afirmo: como siempre en nuestra historia, en los momentos críticos, el Estado está con las mayorías. Es el imperativo que lo justifica.

La cuestión de fondo, la alternativa vital, se establece entre una economía

progresivamente dominada por el ausentismo, por la especulación y el rentismo y otra vigorosamente orientada a la producción y al empleo.

La especulación y el rentismo se traducen en una multiplicación de la riqueza de unos pocos sin producir nada, y proviene necesariamente del simple despojo de los que producen. A la larga conduce inevitablemente a la ruina.

En efecto, nuestro país, dadas sus carencias acumuladas y su dinamismo social, no tiene margen para permitir el desarrollo de las actividades especulativas. Tiene el imperativo de destinar la totalidad de sus recursos a la producción. A la producción en toda medida que le permitan limitantes insalvables, como pueden ser, en determinado momento, sus disponibilidades financieras internas y de divisas. Cuanto más estrechos sean esos límites, como ahora, más necesario es impedir la especulación.

México, al llegar al extremo que significa la actual crisis, no puede permitir que la especulación financiera domine su economía sin traicionar la esencia misma del sistema establecido por la constitución: la democracia como constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo.

**Tenemos que cambiar.** Decisión siempre dura; pero que no puede seguir entronizada la posibilidad de sacar recursos cuantiosos al exterior, y después pedirle prestado migajas de nuestro propio pan. Todo ello propiciado y canalizado por instituciones y mecanismos especulativos.

Esta crisis que hemos llamado financiera y de caja, ya amenaza seriamente la estructura productiva, que no sólo en los últimos años, sino a lo largo de varios decenios de esfuerzos de todos los mexicanos, hemos logrado levantar.

La producción, agobiada por los resultados de los fenómenos exteriores que acabamos de describir y por el manejo que se ha hecho de nuestros propios recursos, no encuentra la forma de financiarse. Se está sofocando. Para salvarla requerimos de toda la concentración posible de los medios para que las empresas públicas y privadas, agrícolas e industriales, puedan continuar con las actividades que dan empleo y sustento a los mexicanos.

No podemos seguir arriesgando que esos recursos sean canalizados por los mismos conductos que han contribuido de modo tan dinámico a la gravísima situación que vivimos.

Tenemos que organizarnos para salvar nuestra estructura productiva y proporcionarle los recursos financieros para seguir adelante; tenemos que detener la injusticia del proceso perverso fuga de capitales-devaluación-inflación que daña a todos, especialmente al trabajador; al empleo y a las empresas que lo generan.

Estas son nuestras prioridades críticas:

Para responder a ellas he expedido en consecuencia dos decretos: uno que nacionaliza los bancos privados del país y otro que establece el control generalizado de cambios, no como una política superviviente del más vale tarde que nunca, sino porque hasta ahora se han dado las condiciones críticas que lo requieren y justifican. Es ahora o nunca. Ya nos saquearon, México no se ha acabado. No nos volverán a saquear.

Los decretos respectivos se publican hoy en el Diario Oficial. Como complemento, someto a consideración de esta soberanía, iniciativa de ley que convierte al Banco de México en organismo público descentralizado del Gobierno Federal.

Con la nacionalización de la banca, se termina la concesión a los particulares, para incorporar el servicio directamente a la Nación.

Obviamente, la nacionalización irá acompañada de la justa compensación económica a los actuales accionistas, conforme a derecho.

Lo importante, es urgente.

Cuidaremos también con particular esmero la situación y los intereses de los depositantes y clientes de la Banca Mexicana, así como los del público en general.

El dinero y valores de cada depositante en un banco mexicano, se han mantenido siempre seguros, porque el Gobierno ha estado detrás de todos y cada uno de los bancos para garantizar esa seguridad. Con mayor razón estarán ahora seguros los depósitos en los Bancos de México.

Que quede claro, no serán afectados de ningún modo el dinero, ni los valores propiedad de los usuarios del servicio público de la banca; ni los fondos o fideicomisos administrados por ésta; ni lo depositado en las cajas de valores. La banca extranjera, sus representantes, las organizaciones auxiliares de crédito y el Banco Obrero, no son sujetos de expropiación o afectación alguna.

Los derechos de los trabajadores del sistema bancario serán respetados. El viejo anhelo de crear un sindicato bancario, podrá fructificar, como ocurre en la mayor parte de los países del mundo.

La banca seguirá funcionando normalmente. Su administración sólo ha revertido a las manos de quien la concesionó: el Estado Mexicano.

Primero lo que a todos conviene. Después lo demás.

En este caso el Gobierno no sólo está eliminando un intermediario, sino a un instrumento que ha probado más que suficientemente su falta de solidaridad con los intereses del país y el aparato productivo.

La Banca Privada Mexicana ha pospuesto el interés nacional y ha fomentado, propiciado y aun mecanizado la especulación y la fuga de capitales.

Frente a los daños de la especulación y falta de apoyo a las actividades productivas, sería congruente poner las medidas correctivas, en manos de sus defensores y de quienes tienen intereses creados en torno a ellas.

Se dirá que se ha repetido ya mucho que el gobierno tenía los instrumentos sobrados para controlar la Banca Privada. Hoy hemos de confesar que así lo creímos, pero que no fue así. Una dolorosa historia nos los ha enseñado.

Por ello llegamos a la situación financiera caótica y contradictoria en la que nos encontramos.

En suma, nacionalizamos la banca porque no es admisible que el instrumento domine o condicione al propósito.

Con la nacionalización de la banca privada, y con el control de cambios, se programará mejor lo que el trabajo y el ahorro de los mexicanos, el petróleo, otras exportaciones y el financiamiento, nos significa. La nación se beneficiará. Cumpliremos estrictamente nuestros compromisos nacionales e internacionales; se importará sólo lo necesario; se viajará lo indispensable.

Con esta medida, combatiremos a la especulación abierta y hasta institucionalizada. Le quitaremos a la inflación los abundantes impactos especulativos que hemos venido padeciendo, tan sólo porque los márgenes de intermediación bancaria y la

demanda de dólares fue brutal, envenenando nuestra economía.

Cortemos de raíz el mal.

Ni los trabajadores, ni las empresas productivas del país, deben ser las sacrificadas en este proceso de ajuste. Todo lo contrario, el sentido de esta medida es la de apoyarlos en estos difíciles momentos. Hay que salvar nuestra estructura productiva.

Es imperativo reorientar la demanda hacia el mercado interno e incrementar la producción nacional, así como también dotar a las empresas de liquidez y de capacidad de pago para hacer frente a la difícil situación por la que atraviesan.

De ese modo, sin que nuestra moneda compita artificialmente con el dólar-especulación podremos manejar más racionalmente las tasas de interés y orientar el crédito a fortalecer a las empresas productivas.

Son éstas, decisiones de gravísima importancia.

Hemos roto los tabúes. La revolución se libera de temores y acelera su paso. Muchas decisiones pendientes podrán tomarse.

Las que hemos tomado van a significar muchos, muchísimos problemas; pero ninguno tan grave como la certidumbre garantizada y premiada de que la especulación seguirá sumiendo al país en un vórtice ruinoso. Nos liberaremos de los ciclos perversos que periódicamente vacían nuestros excedentes. El Estado ya no estará acorralado por los grupos de presión.

Hago un llamado a patriotismo y comprensión. Algunos, transitoriamente sufrirán más molestias. Fundamentalmente nuestros compatriotas en las fronteras. Lo sabemos y nos organizaremos para que sean las menos y pasen pronto.

Cuidaremos la situación particular de la economía y los habitantes de la frontera, así como de las plantas maquiladoras.

Por razones meramente operativas y de relevo en los altos mandos de las instituciones afectadas, permanecerán cerradas las oficinas bancarias sólo un par de días: jueves y viernes. Todos los servicios bancarios se normalizarán a partir del próximo lunes 6 de septiembre.

Las molestias, sin embargo, no se originarán en el control. Esta medida no hace más que aclarar y ordenar una situación que de hecho ya existe: tenemos muy pocos dólares. A partir de ahora, lo asumimos con toda responsabilidad, para dar lo que haya, a las prioridades establecidas.

Adelanto que, muy probablemente el control de cambios sufrirá pronto modificaciones y adaptaciones. No hay experiencia de un país frontera con la economía más poderosa de la tierra, extensa frontera norte-sur. Nos costará mucho trabajo. Habrá probablemente corrupción; pero confío en que tendremos el talento político y los tamaños para defendernos. No podíamos dignamente, hacer otra cosa, ni quedarnos con los brazos cruzados, mientras nos vacían las entrañas.

El control de cambios es uno de los grandes remedios, al gran mal.

Es deseable que sea transitorio. Depende de que el mundo organice su economía de modo más justo para países como el nuestro.

Los tenedores de mexdólares que abrieron ese tipo de cuentas para proteger sus ahorros, no sólo lo habrán logrado, sino que ahora al tenerlos en pesos habrán consolidado ya una muy considerable ganancia. Desde luego menor que la de los especuladores; pero dejar de ganar exorbitantes beneficios especulativos, no es perder.

Quienes establecieron ahorros en dólares en previsión de verdaderas necesidades de dólares con el equivalente que ahora tienen en pesos podrán adquirir las divisas necesarias conforme a las prioridades y reglas establecidas en el decreto correspondiente.

Los ahorradores en moneda nacional encontrarán en esta medida la protección para no volver a ser traicionados por la especulación, como les ha sucedido.

El país ya no puede admitir que salgan dólares para pagar inmuebles adquiridos en el extranjero. Debemos hacer todos los esfuerzos para que eso concluya.

El ejecutivo a mi cargo dispone de muestreos generales y datos y listas iniciales de lo que significan estas operaciones. Los pongo a disposición de esta soberanía y propongo se integre una comisión que los estudie y concluya soluciones. Sería aconsejable una reunión interparlamentaria con los legisladores de los Estados Unidos. Para nosotros es más, mucha más grave este problema, que el del tráfico de drogas para ellos. Además: ¿Cómo no vamos a exportar brazos si los capitales que podían darles empleo aquí, allá están?

Poco podemos hacer en lo que se refiere a los depósitos de mexicanos en los bancos extranjeros.

Claro, sería un gesto hermoso el que tanto ellos como los adquirientes de inmuebles se solidarizaran con su Nación y convinieran con la Banca Mexicana, algún sistema para reciclar en nuestra economía los recursos que son tan necesarios para México.

Sé que es difícil que ello suceda, por lo que tendremos que acudir a medidas posiblemente fiscales, y en todo caso al razonamiento internacional.

Desde aquí subrayo la urgencia que tienen muchos países en proceso de desa-

rollo de evitar que sus economías, precarias ya por la relación Norte-Sur agudicen más su problema por la fuga de capitales. Como lo dije, la debilidad más nos debilita.

Una de las determinaciones inaplazables que el nuevo orden económico mundial debe establecer, antes de que se derrumbe el actual en forma inconveniente y quizá catastrófica, es la de formalizar un sistema compensatorio para que los países de los que se fuga el capital, tengan acceso a un tipo de crédito originado en los recursos relativos, mediante algún vínculo especial de reciclaje.

Sé que la idea es de difícil concepción en un mundo librecambista. Pero necesario es que los expertos en finanzas mundiales planteen y resuelvan esta problema de salud internacional. Hago una vez más un llamado a los países industrializados.

A nosotros nos gustaría discutirlo con el sistema financiero de los Estados Unidos, entre otras razones para convencer a su generoso pueblo, de que en la solución relativa de nuestros problemas no tratamos de afectar a sus contribuyentes, sino hacer accesible a México el crédito significado por cuantiosos recursos de mexicanos, que han salido del país en forma que nos crea problemas de salud económica y comercial ambos lados de la frontera.

Las resoluciones de nacionalizar a la banca y de implantar el control de cambios han costado mucho trabajo; pero creo que todos debemos estar convencidos de su imperiosa necesidad.

Espero que entre todos sepamos administrarlas.

Estas son las decisiones difíciles de mis últimos tiempos, difíciles tiempos que no elegí; pero en los cuales ejerzo mi responsabilidad.

No erijo en justificación de nuestros problemas y para quitarme responsabilidades, la crisis internacional que nos circunda. Llamo a conciencia. Tampoco incurro en el delirio persecutorio de hacernos víctimas de conjuras internacionales de cualquier signo.

No es hora de denuncias apocalípticas; pero sí de llamar a mi pueblo a mantenerse serenamente alerta contra toda forma de agresión y de injerencias extranjeras, así sean las más sutiles.

Que no ensombrezcan nuestro horizonte aquéllos que concurren a fortalecer y dar cause interior a las fuerzas externas interesadas en desunirnos y disolvernos y se pliegan a su designio en inconciencia ingenua, lo que es lamentable; vanidad exhibicionista, lo que es triste; con sentimiento mercenario, lo que es grave; o lo que es peor: malicia despectiva por importancia.

Las decisiones tomadas son expresión vital de nuestra revolución y su voluntad de cambio. Que nadie vea en ellas influencias de extremismos políticos. Las circunstancias externas e internas, llevan una vez más al Estado, a sacar de la cantera de la constitución inspiración y fuerza para progresar por el camino de la revolución nacional. El Estado mexicano nunca ha expropiado por expropiar sino por la unidad pública. La que ahora resolvemos, libra, del libertinaje del cambio, a la libre iniciativa y al libre impulso productivo de los mexicanos, de la camisa de fuerza que un sistema parasitario le ha colocado.

He actuado siempre de buena fe, con total honestidad intelectual. Nunca me propuse ni injusticia, ni daño, ni ofensa, ni fracaso. Nunca supedité el ser al parecer; ni el hacer al halago o el aplauso. Nunca sacrifiqué la sustancia a la forma, salgo y saldré con las manos limpias de sangre y de recursos mal habidos.

He combatido la corrupción hasta llegar al escándalo. No me arrepiento. La catarsis actual es su resultado.

He buscado el bien cuando por él pude optar y el mal menor cuando esa fue la alternativa. Será el pueblo será la historia, los que evalúen el ejercicio de mi responsabilidad.

Ahora me corresponde decirle al pueblo de México que me eligió, que ha sido un privilegio servirlo, que me dio su fuerza y su innata sabiduría; que no he defraudado su confianza y que si ahora sus esperanzas no están cabalmente cumplidas, no fue porque me faltara voluntad, que toda la que tengo he puesto en la sublime empresa de serle útil.

A mi esposa, gracias por el enorme esfuerzo y el éxito que obtuvo en las responsabilidades que libremente aceptó para dirigir y crear con brillante imaginación y trabajo agobiador, las instituciones por las que se responsabiliza.

A mis hijos, a mi familia toda, gracias por su entrega, por su comprensión por su trabajo, por compartir mis angustias, por su apoyo. Hemos enfrentado juntos este reto y enfrentaremos también juntos lo que sigue, sea lo que fuere. Lo importante es saber ser una familia mexicana, celular y recia en el amor y la solidaridad. Creo en la familia y hago votos porque siga siendo la base de nuestra sociedad.

A mis colaboradores, a los que son y fueron, gracias, muchas gracias. A quienes todavía están, el exhorto de que me acompañen en lo que falta de esta seca y dura jornada; a los que ya no están si alguna ofensa les hice, mi protesta de que fue sin intención de dañar, buscando siempre el bien de la República.

A todos los que fueron la solución, gracias:

A las mujeres de mi Patria que aportaron toda su entereza, su intuición de lo que es justo; las que avanzaron a nuestro lado y nos impulsaron a ser mejores.

A quienes vivieron su juventud en este sexenio y significaron realidad de su esperanza y confiaron, entregaron su audacia y pudieron mantener y engrandecer su libertad para inventar su futuro.

A los pesimistas que depusieron sus resentimientos y su cólera para no viciar su inteligencia.

A los extremistas que postergaron la violencia y superaron su conmovedora pasión por la importancia, dándole fértil destino a su vocación de justicia y su voluntad de su transformación.

A los críticos, incluso a los que yo critiqué y que con justicia nos ayudaron a luchar por las grandes causas, más que en contra de nuestros semejantes.

A los trabajadores del campo y la ciudad que con la nobleza y dignidad de su trabajo han construido la Patria y con la voluntad de su sacrificio han mantenido su estabilidad.

A los empresarios que con su capacidad y riesgo crearon empleos y han generado prosperidad; a los que dieron función social a la riqueza.

A quienes demandando seguridad no la usaron como pretexto para ocultar injusticia, pasividad, ineficiencia, testaferrismo o abandono de los principios y los intereses comunes.

A los que no se dejaron arrastrar por rumores y chismes.

A los que comunicaron e informaron usando su libertad y respetando a la sociedad, especialmente a los que tantas veces a mi lado estuvieron.

A los intelectuales que avinieron su independencia con la necesidad de servir a las causas populares y no humillaron su talento frente al poder, ni lo sometieron al odio, ni lo sacrificaron al prestigio de la soberanía, ni lo hicieron estéril por egoísmo, ni lo vendieron o lo regalaron a turbios intereses extranjeros.

A los soldados de la Nación que entregaron su hombría y su lealtad para salvaguardar a la Patria en su integridad. Solemnemente digo que jamás le pedí apoyo para arbitrariedad, encubrimiento o abuso. Deben estar orgullosos porque significan la majestad de la fuerza constitucional, el honor de México que el pueblo les ha confiado.

A los desnacionalizados démosles un mes, septiembre, el mes de la Patria, para que mediten y resuelvan sobre sus lealtades. Después actuaremos nosotros.

A los desposeídos y marginados, a los que hace seis años les pedí un perdón que he venido arrastrando como responsabilidad personal —como si fuera exclusiva por haberlo formulado—, les digo que hice todo lo que pude para organizar a la sociedad y corregir el rezago, que avanzamos; que si por algo tengo tristeza es por no haber acertado a hacerlo mejor. Es compleja tarea de todos, propósito orientador del proyecto nacional. Hay que crear simultáneamente las condiciones de riqueza que lo propician por el camino del trabajo y la redistribución del ingreso, por la vía del gasto público. Hicimos todo lo que pudimos, incluso nos lo han satanizado, pero afirmé que sigue siendo imperativo del sistema, conquistar por el derecho y el desarrollo, la justicia.

A los que participaron, vuelvo a decirles como hace seis años, porque vale ahora como entonces: que nadie se sienta solo. Hagamos de nuestra solidaridad, nuestra fortaleza; de nuestro amor a la Patria, baluarte de nuestra conciencia nacional

Integremos con todos los yo, un nosotros. Esa sigue siendo la solución.

Que la alegría y el ánimo de la lucha se mantenga en cada hogar mexicano.

Con nuestras instituciones, con nuestra inteligencia, con nuestra voluntad, con nuestra emoción y con nuestro entusiasmo sigamos construyendo jubilosamente nuestro México. No hemos fracasado. Abusaron de la libertad. Ya cerramos la fuga.

Cumplamos cada día nuestro deber.

Merezamos cada vez nuestros derechos.

Aceptemos retos y cumplamos compromisos.

Renovemos constantemente en la libertad nuestra voluntad perpetua de justicia, para seguir haciendo la revolución, en la revolución, que frente al mundo, otra vez acelera su marcha.

México ha vivido.

México vive.

México vivirá.

¡Viva México!